

Una niña mosquetera: Pilar Roldán

Tania Alaíde Cruz Díaz

En aquella casa siempre se hablaba de tenis. Don Ángel Roldán, a quien le decían *El Güero*, exclamaba emocionado su entusiasmo por aquel deporte, mientras que doña María Tapia, su esposa, corroboraba las alegrías de su marido al escucharlo.

Él había sido uno de los mejores raquetistas mexicanos y ella, a quien le decían de cariño *La Chata*, había sido nada menos que triple medallista en los Juegos Centroamericanos y del Caribe, en 1935. Se explica entonces que su hija Pilar Roldán Tapia se aficionara a deportes considerados como exclusivos. Ella rompería el estereotipo aristocrático de uno de ellos: la esgrima.



Pilar Roldán Tapia llegó al mundo el 18 de noviembre de 1939, en la Ciudad de México. Todos creyeron que, por influencia familiar, se dedicaría al tenis; por eso no resultó extraño verla empuñando una raqueta como si fuera una espada, apenas a los seis años de edad. Situación extraña para ese tiempo, ya que se pensaba que jugar con tal arma de juguete, solamente era diversión para varones.



A la edad de 10 años, encantada por la lectura de *Los tres Mosqueteros*, la famosa obra del novelista francés Alejandro Dumas, Pilar sintió nacer una pasión desmedida por la esgrima, y utilizando un traje con capa, se disfrazaba de mosquetera y se sentía espadachina. Pronto dejaría de ser sólo un juego.

Fue así como, después de cumplir los 13 años, y gracias a su dedicación, constancia, disciplina y el gran apoyo de sus padres, dominó este deporte. Quería saber todo acerca del florete.

Alumna de Eduardo Alajino, famoso profesor italiano de esgrima, perfeccionó las técnicas que le dieron sus rasgos de campeona. Esto motivó a su padre a integrarse al grupo de alumnos del afamado maestro y se constituyera en un competidor del arte de la espada.

El fervor de su hija le hizo instalar, con sacrificios, una pequeña pista de esgrima y comprar a Pilar: careta, guantes, chaleco protector y espadas de calidad.

El 12 de marzo de 1955, en el estadio de Ciudad Universitaria, dieron inicio los II Juegos Panamericanos y Pilar Roldán con apenas 15 años de edad, logró ser campeona invicta en florete.





Se produjo así, un hecho insólito, sin precedentes y que hasta la fecha no ha vuelto a repetirse: padre, madre e hija compitieron por su país en unos Juegos Panamericanos. Ninguno de los tres conquistó una medalla en esa ocasión; sin embargo, la joven Pilar, algún día lo haría.

Trece años más tarde y durante los Juegos Olímpicos de 1968, celebrados en México, Pilar Roldán ganó la medalla de plata en florete y se convirtió así en la primera mujer mexicana en subir a un podio olímpico.

